

Tecnología teatral

Pako IGLESIAS*

Pese a lo que pueda parecer, el teatro está más cerca de la poesía que del cinematógrafo. La obsesión por la puesta en escena ha supuesto que hoy en día una gran parte de las películas sean solo puro artificio. "Barracas" en 2D y ahora en 3D. En el teatro, la actual proliferación y abuso de los medios técnicos audiovisuales se pueden volver en su contra, y acabar confundiendo al espectador sobre lo que está viendo. Los enormes entramados de los musicales y la ópera, y el derroche de medios están a años-luz del gesto que nos conmueve y de la voz que oímos reír o quebrarse, poesía en movimiento que el teatro puede y debe darnos.

Por eso, cuando hablamos de medios técnicos aplicados a la escena, seamos justos tratándose de un arte que se puede hacer tanto en una habitación como en un Gran Teatro para 1.000 espectadores. No me imagino ver al Circo del Sol o un gran musical sentado en el sofá de mi casa, pero sí que me imagino a personas actuando en cualquier sitio: en el Gayarre, en el Teatro Romano de Mérida, en la calle por San Fermín... o en el sofá de mi casa. Por eso, y por muchas cosas más, ser director de escena no es fácil y encontrar el equilibrio entre lo que quieres contar y cómo contarlo es un arte muy valorado. Si te pasas con la técnica, ésta se convierte en la protagonista. Y si te quedas corto, cargas demasiado peso en las personas que actúan y confías demasiado en la buena voluntad de las personas que lo ven.

131

Creo recordar que "persona" era la máscara que se ponían los actores griegos para interpretar un personaje. Así que basta una persona a la que se le pueda ver para que ocurra el teatro. Y basta una mesa y dos sillas por toda escenografía para recrear todos los espacios posibles, y la poesía teatral surge cuando un determinado personaje se sube a ese barco-silla y todos nos emocionamos al verle partir. O cuando la mesa se convierte en una terrible trinchera en la que el engañado y solitario soldado piensa qué hacer: si jugarse la vida huyendo o matando. Podemos añadir una luz roja de fondo y soltar unos flashes como si fueran las bombas... o podemos alquilar un tanque real y hacerlo pasar por el escenario.

Ahora mismo, la tecnología permite hacer cualquier cosa maravillosa... o estúpida. No hace tanto las varas que sujetan los focos eran de madera y había que subirlas a mano. Hoy están computarizadas y hacen cualquier cosa que se te ocurra. Y eso es solo una mínima parte del equipamiento de un teatro donde el que manda hoy es el ordenador. Vi una obra en la que se utilizaban cuatro proyectores para simular todo tipo de decorados y al final no sabías si el actor estaba grabado en el video o era real. ¿Puede la técnica por sí sola hacer caer una lágrima de un intérprete o de un espectador?

La tecnología, como la inteligencia, es un instrumento que puede hacer mucho bien o acabar con la vida en el planeta. Y en el teatro la técnica muchas veces arruina la poesía y la imagi-

*Técnico de Luces y Sonido

nación. Cuando de pequeños nos subíamos a una silla, alzábamos los brazos y la imaginación nos hacía volar, es muy distinto a usar un simulador de vuelo para jugar a volar. Hay un teatro en la ribera navarra con un escenario muy pequeño y con pocos medios, pero muy bien aprovechados. Cuando llegan las compañías dicen: “¡Uff! ¿y cómo nos metemos aquí?”. Y se inicia un proceso por el que los cien focos “imprescindibles” se reducen a veinte, y la mitad de la escenografía se queda en la furgoneta. Cuando acaban los largos aplausos, la mayoría de los grupos expresa su satisfacción por la cercanía del público y por lo sencillo y acogedor del escenario. Incluso el técnico está contento del trabajo imaginativo que la sala le ha obligado a realizar y del resultado tan “teatral” de ese trabajo.

Resumiendo: no queremos decir que la técnica sea mala, ni mucho menos, pero sí que el teatro está más cerca de la poesía que del gran artificio tecnológico. Y como muestra, vale un botón: el ya desaparecido Correpueblos. Son las diez de la noche y la luz de las farolas de la plaza se va a apagar para dar paso a la cálida luz del teatro. Y, efectivamente, la plaza del pueblo se convierte en un escenario que sus habitantes no sabían que tuvieron. Mirando hacia arriba se puede ver el universo como techo, y mirando a los lados se intuyen en la oscuridad las casas tan familiares que ahora se han convertido en los muros de un castillo, las paredes de una habitación o la lejanía de un campo insospechado. Y al centrar la vista delante, el drama continúa mientras la luna sale y un frío viento se mezcla con la voz de los personajes y le hace pensar a nuestro espectador, en medio de la plaza por la que pasa todos los días,

132

quién es él y para qué está aquí. La sorpresa de sus cavilaciones le sobrecoge porque él siempre pasa por esa plaza barruntando otras cosas: que cómo llegaré a fin de mes, que por qué nos quitan al médico del pueblo, que por qué sube otra vez el agua...

Y de pronto esa noche todo se ha transmutado en su querida plaza. Al apagarse la luz, en un cambio de escena, cuando el drama está al rojo vivo, mira al cielo de su plaza-teatro y ve las estrellas, y por un momento se pierde en el espacio infinito, casi roza la eternidad... para unos segundos después, al bajar la vista y encenderse la luz de los focos, volver a sentir la calidez de estar en su planeta con los suyos, que están haciendo de sí mismos en algo que llamamos teatro. Qué pena de Correpueblos, nos hacía reconciliarnos con el teatro... y con la vida.